

La ética “instintiva” de Freud

El origen de la ética ha sido “localizado” de manera diversa. Unos sitúan las raíces del frondoso árbol ético en una potencia sobrehumana, cuyos mandatos constituyen las pautas de comportamiento. La fuente de la ética no estaría, pues, en el hombre mismo, sino fuera o por encima de él. Aparecen así las normas conductales como algo que “desde fuera” tensiona las distintas inclinaciones humanas.

Para otros, la fuente de la ética se halla en la propia naturaleza del hombre, y más en concreto en lo que constituye su especificidad, es decir, en su racionalidad. El comportamiento ético se halla regulado “desde dentro” del hombre, por normas dictadas desde la razón. Esta es, en definitiva, el centro de gravitación de toda la vida ética.

Freud, quien va a secundar este segundo planteamiento, localiza el origen de la ética en el instinto, que es el verdadero motor impulsor de la personalidad. El hombre es fundamentalmente instinto. Plenitud humana, o lo que es igual, plenitud ética, es vivir, en la medida de lo posible, “conforme al instinto”. La distancia que media entre la existencia humana y su plenitud es, pues, la distancia que media entre la naturaleza instintiva del hombre y la culminación operativa adecuada a ella. En este contexto se moverá nuestro razonamiento.

I. LA ETICA DE LA “REPRESION”

A modo de prenotando, hacemos en primer lugar un estudio de la genealogía de la ética en la colectividad; posteriormente, con esta plataforma de lanzamiento estudiaremos el desarrollo de las normas éticas en el individuo.

1. *Tabú totémico, imperativo neurótico y norma ética.*

La conciencia tabú constituye —según Freud— la forma más anti-gua de conciencia ética. Partiendo de este hecho, él busca las afini-

dades que existen entre las tres realidades arriba mencionadas. Una vez más la analogía será la *bisagra* que articule el pensamiento de Freud.

a) *Tabú totémico e imperativo neurótico*

El estudio de esta primera parte de nuestro trabajo va a fundamentarse en la obra *Totem y tabú* (1912-1913). En esta obra se nos habla del origen de la religión y de la moral. La palabra "totem" hará referencia a la primera realidad; la palabra "tabú" a la segunda.

El punto de partida de los planteamientos de Freud se halla en la analogía entre algunos aspectos de la vida mental del hombre primitivo y los enfermos neuróticos. "El camino recorrido por el hombre de la Prehistoria en su desarrollo nos es conocido por los monumentos y utensilios que nos ha legado, por los restos de su arte, de su religión y de su concepción de la vida, que han llegado hasta nosotros directamente o transmitidos por la tradición en las leyendas, los mitos y los cuentos, y por las supervivencias de su mentalidad, que nos es dado volver a hallar en nuestros propios usos y costumbres. Además, este hombre de la Prehistoria es aún, en cierto sentido, contemporáneo nuestro. Existen, en efecto, actualmente hombres a los que consideramos mucho más próximos a los primitivos de lo que nosotros lo estamos, y en los que vemos los descendientes y sucesores directos de aquellos hombres de otros tiempos. Tal es el juicio que nos merecen los pueblos llamados salvajes y semisalvajes, y la vida psíquica de estos pueblos adquiere para nosotros un interés particular cuando vemos en ella una fase anterior, bien conservada, de nuestro propio desarrollo.

Partiendo de este punto de vista, y estableciendo una comparación entre la psicología de los pueblos primitivos tal como la Etnografía nos la muestra y la psicología del neurótico, tal y como surge de las investigaciones psicoanalíticas, descubriremos entre ambas numerosos rasgos comunes y nos será posible ver a una nueva luz lo que de ellas nos es ya conocido"¹.

1. SIGMUND FREUD, *Totem y tabú*. O. C., II, p. 1747. *Totem and Taboo*. S. E., XIII, p. 1. Las obras de Freud empleadas en nuestro trabajo han sido tomadas de dos fuentes: La traducción española de la Editorial Biblioteca Nueva (O.

Para Freud, hay una gran similitud entre el comportamiento del hombre primitivo con respecto al tabú y el comportamiento del enfermo neurótico con respecto a sus imperativos inconscientes. Dicho de otra manera, los mecanismos de la neurosis muestran "en miniatura" los mismos procesos que los etnógrafos e historiadores describen como vividos por los pueblos primitivos. "Aquél que aborde el problema del tabú hallándose familiarizado con el psicoanálisis, esto es, con la investigación de la parte inconsciente de nuestra vida psíquica, habrá de darse cuenta, después de una breve reflexión, de que los fenómenos del mismo no le son desconocidos. Sabe, en efecto, el de personas que se han creado por sí mismas prohibiciones tabú individuales y que las observan tan rigurosamente como el salvaje las restricciones de su tribu o de su organización social, y si no estuviese habituado a designar a tales personas con el nombre de *neuróticos obsesivos*, hallaría muy adecuado el nombre de *enfermedad del tabú* para caracterizar sus estados. Ahora bien, la investigación psicoanalítica de esta enfermedad obsesiva le ha proporcionado un tan rico acervo de conocimientos sobre ella y sobre su etiología clínica y los elementos esenciales del mecanismo psicológico, que no podrá privarse de aplicar tales conocimientos al esclarecimiento de los fenómenos correlativos de la psicología de los pueblos.

Habremos de formular, sin embargo, una reserva con respecto a esta tentativa. La analogía entre el tabú y la obsesión patológica puede muy bien ser puramente exterior. La Naturaleza gusta, en efecto, de servirse de las mismas formas en conexiones biológicas muy distintas. Así, hay formas de ramas en corales, las plantas, determinados cristales y algunos precipitados químicos. Sería, pues, poco prudente y harto ligero deducir de estas coincidencias, dependientes de una analogía de las condiciones mecánicas, una afinidad interna. Habremos, pues, de conservar presente esta reserva, aunque no por ella debamos renunciar a la comparación intentada" ².

Lo que llama la atención de Freud, tanto en el comportamiento de los hombres primitivos como en los enfermos neuróticos, es la ausen-

C.) y la versión de la Standard Edition (S. E.). En función de esto, al citar indicaremos ambas ediciones.

2. *Ibid.*, pp. 1763-1764. *Ibid.*, p. 26.

cia total de motivaciones racionales conscientes en la base de sus prohibiciones. Estas ejercen su coacción de manera irresistible, mientras que el sujeto ignora las raíces profundas. La verdadera causa de tal comportamiento irregular permanece inconsciente. Por esto es inútil preguntar tanto a los hombres primitivos como a los enfermos neuróticos sobre el sentido de las prohibiciones a que se someten. No se trata de que esas prohibiciones no tengan un sentido, sino de lo que se trata es de constatar que ese sentido es desconocido tanto para el hombre primitivo como para el enfermo neurótico.

Los pueblos primitivos, lo mismo que los enfermos neuróticos, adoptan ante sus prohibiciones tabú una actitud ambivalente. En su inconsciente, no desearían nada mejor que la violación, pero al mismo tiempo sienten temor a ella. La temen precisamente porque la desean, y el temor es más fuerte que el deseo. Este deseo es, inconsciente, como en el enfermo neurótico.

Tratando de resumir las analogías entre el tabú totémico y el imperativo neurótico, Freud se expresa así: “Del mismo modo que las prohibiciones tabú, las prohibiciones obsesivas aportan a la vida del sujeto enormes privaciones y restricciones, pero algunas de estas prohibiciones pueden ser levantadas merced a la realización de determinados actos, que tienen también, a su vez, un carácter obsesivo, y son, incontestablemente, actos de arrepentimiento, expiación, purificación y defensa. El más corriente de estos actos obsesivos es la ablución (ablución obsesiva). También una parte de las prohibiciones tabú puede ser sustituida —o expiada en caso de violación— por un *ceremonial* semejante, y también suele ser el agua lustral el medio preferido.

Resumiendo ahora los puntos en los que más claramente se manifiesta la coincidencia de los síntomas de la neurosis obsesiva con las prohibiciones tabú, hallamos que son en número de cuatro: 1.º La falta de motivación de las prohibiciones; 2.º Su imposición por una necesidad interna; 3.º Su facultad de desplazamiento y contagio, y 4.º La causación de actos ceremoniales y de prescripciones, emanados de las prohibiciones mismas”³.

3. Ibid., p. 1765 .Ibid., pp. 28-29.

b) *Tabú totémico y norma ética*

“En la etapa siguiente de su investigación, Freud llega más lejos. Mientras que la analogía precedente entre el tabú de los primitivos y la neurosis obsesiva se refería a semejanzas exteriores y no comprometía necesariamente la naturaleza profunda de los fenómenos estudiados —si bien Freud procede constantemente como si hubiera algo más que una simple semejanza en el nivel de los síntomas—, esta vez postula una identidad de naturaleza entre el tabú y las prescripciones morales del hombre moderno”⁴.

El sentimiento de culpabilidad y la angustia o manifestación de ese sentimiento serán las categorías que le servirán fundamentalmente a Freud para estructurar su razonamiento acerca de la identidad de naturaleza entre el tabú totémico y la norma ética.

“Si no nos equivocamos, el análisis de la naturaleza del tabú es muy apropiado para proyectar una cierta luz sobre la naturaleza y el origen de la conciencia. Sin violentar las nociones, puede hablarse de una conciencia tabú y de un remordimiento tabú resultante de la transgresión de un tabú. La conciencia tabú constituye, probablemente, la forma más antigua de la conciencia moral.

La conciencia es la percepción interna de la repulsa de determinados deseos. Pero su particular característica es que esta repulsa no tiene necesidad de invocar razones ningunas y posee una plena seguridad de sí misma. Este carácter resalta con más claridad aún en la conciencia de la culpabilidad: esto es, en la percepción y la condena de actos que hemos llevado a cabo bajo la influencia de determinados deseos. Una motivación de esta condena parece absolutamente superflua. Todo aquél que posee una conciencia debe hallar en sí mismo la justificación de dicha condena y debe verse impulsado por una fuerza interior a reprocharse y reprochar a los demás determinados actos. Pero esto es, precisamente, lo que caracteriza la actitud del salvaje con respecto al tabú, el cual no es sino un mandamiento de su conciencia, cuya transgresión es seguida por un espantoso sentimiento de culpabilidad, tan natural como desconocido en su origen.

4. CLAUDE GEETS, *Psicoanálisis y moral sexual*. Studium Ediciones. Madrid. 1973, p. 22.

Así, pues, también la conciencia nace de una ambivalencia afectiva inherente a determinadas relaciones humanas y tiene por condición aquella misma que hemos asignado al tabú y a la neurosis obsesiva, o sea, la de que uno de los dos términos de la oposición permanezca inconsciente y quede mantenido en estado de represión por el otro, obsesivamente dominante. Esta conclusión queda confirmada por un gran número de datos que el análisis de las neurosis nos ha proporcionado. Hemos hallado, efectivamente, en primer lugar, que el neurótico obsesivo sufre de escrúpulos morbosos que aparecen como síntomas de la reacción, por la que el enfermo se rebela contra la tentación que le espía en lo inconsciente y que a medida que la enfermedad se agrava se amplifican hasta agobiarle bajo el peso de una falta que considera inexpiable. Puede incluso arriesgarse la afirmación de que si no nos fuera posible descubrir el origen de la conciencia por el estudio de la neurosis obsesiva, habríamos de renunciar para siempre a toda esperanza de descubrirlo. Ahora bien, en el individuo neurótico nos es posible descubrir este origen y, por tanto, habremos de esperar que llegaremos un día a este mismo resultado por lo que a los pueblos concierne.

En segundo lugar, comprobamos que la conciencia presenta una gran afinidad con la angustia, hasta el punto de que podemos describirla sin vacilar como una "conciencia angustiante". Ahora bien, sabemos que la angustia nace en lo inconsciente. La psicología de las neurosis nos ha demostrado que cuando ha tenido efecto una represión de deseos, queda transformada en angustia la libido de los mismos. A propósito de esto, recordaremos que en la conciencia hay también algo desconocido e inconsciente; esto es, las razones de la represión y de la repulsa de determinados deseos. Este inconsciente desconocido es lo que determina el carácter angustioso de la conciencia"⁵.

Como puede observarse por este texto, la definición freudiana de conciencia ética está indiscutiblemente en la misma línea de sus consideraciones sobre el tabú. La conciencia ética se caracteriza por unas motivaciones inconscientes, por ser fruto de unas represiones y, so-

5. SIGMUND FREUD, *Totem y tabú*, O. C., II, pp. 1790-1791. *Totem and Taboo*. S. E., XIII, pp. 67-69.

bre todo, por encarnar vivencias de tipo "angustiante". Este carácter angustioso de la conciencia ética proviene de su acción inhibitoria y amenazadora respecto de los instintos.

De la doble comparación entre el tabú y la neurosis obsesiva, por un lado, y el tabú y la norma ética, por otro, se sigue inevitablemente una conclusión. El tabú totémico del hombre primitivo, el imperativo neurótico y las normas éticas tienen su origen en unos procesos idénticos; luego han de ser objeto de una explicación única. Más aún; el análisis de la neurosis obsesiva constituye la única vía de acceso para comprender la verdadera naturaleza de la conciencia ética.

2. *La genealogía de la ética*

El problema que ahora se plantea Freud es el siguiente: partiendo de una "amoralidad" característica del hombre "antropoide" va a intentar explicar el nacimiento del tabú, que será el escalón en el cual se inicia la separación antropoide-hombre, o, lo que es igual, ser "a-moral" y ser "moral".

Freud entiende que la ética es una "neurosis obsesiva", por lo tanto el origen de la ética habrá que buscarlo en el mismo lugar donde brota la neurosis: el complejo de Edipo. "De la investigación que hasta aquí hemos desarrollado en la forma más sintética posible podemos deducir como resultado que en el complejo de Edipo coinciden los comienzos de la religión, la moral, la sociedad y el arte, coincidencia que se nos muestra perfectamente de acuerdo con la demostración aportada por el psicoanálisis de que este complejo constituye el nódulo de todas las neurosis, es cuanto hasta ahora nos ha sido posible penetrar en la naturaleza de estas últimas" ⁶.

Los argumentos que se dan en *Totem y tabú* son demasiado conocidos, para que sea necesario explicitar su contenido. Basta para nuestro propósito, recordar sus líneas generales, sin entrar en el detalle de las tesis mantenidas por Freud.

Examinando las costumbres de los pueblos primitivos se observa en ellos la existencia de unos determinados tabúes. "Por razones tanto exteriores como interiores escogeremos para esta comparación

6. Ibid., p. 1847. Ibid., pp. 156-157.

las tribus que los etnógrafos nos han descrito como las más salvajes, atrasadas y miserables, o sea las formadas por los habitantes primitivos del más joven de los continentes (Australia), que ha conservado, incluso en su fauna, tantos rasgos arcaicos desaparecidos en todos los demás.

Los aborígenes de Australia son considerados como una raza aparte, sin ningún parentesco físico ni lingüístico con sus vecinos más cercanos, los pueblos melanesios, polinesios y malayos. No construyen casas ni cabañas sólidas, no cultivan el suelo, no poseen ningún animal doméstico, ni siquiera el perro, e ignoran incluso el arte de la alfarería. Se alimentan exclusivamente de la carne de toda clase de animales y de raíces que arrancan de la tierra. No tienen ni reyes ni jefes, y los asuntos de la tribu son resueltos por la asamblea de los hombres adultos. Es muy dudoso que pueda atribuírseles una religión rudimentaria bajo la forma de un culto tributario a seres superiores. Las tribus del interior del continente, que a consecuencia de la falta de agua se ven obligadas a luchar contra las condiciones de vida excesivamente duras, se nos muestran en todos los aspectos más primitivas que las tribus vecinas de la costa.

No podemos esperar, ciertamente, que estos miserables canibales desnudos observen una moral sexual próxima a la nuestra o impongan a sus instintos sexuales restricciones muy severas. Mas, sin embargo, averiguamos que se imponen la más rigurosa interdicción de las relaciones sexuales incestuosas. Parece que incluso toda su organización social se halla subordinada a esta intención o relacionada con la realización de la misma”⁷.

Puesto que ya en los pueblos primitivos existen unos determinados tabúes, la pregunta que a continuación se hace Freud es ésta: ¿cómo han surgido?. Para dar una adecuada respuesta surge la atrevida hipótesis freudiana que sintetizada se expresaría así:

En un principio la Humanidad viviría al modo “antropoide”, es decir, organizada en hordas salvajes, dominadas por el macho más fuerte. Este defiende a la horda en las situaciones de peligro y es aceptado como jefe. Lógicamente, este macho fuerte pasa factura y,

7. Ibid., p. 1747. Ibid., pp. 1-2.

se toma una serie de privilegios, entre ellos el de ser el único que tiene derecho a las hembras.

Dentro de este contexto se establecería en los hijos de la horda una situación similar a la del complejo de Edipo. Sus impulsos sexuales se orientarían hacia la madre y las hermanas, pero en el camino hacia ellas se interpone la figura del padre y este contratiempo despierta en ellos un odio feroz y el deseo de eliminarlo. Por otra parte, el padre primitivo era para los hijos el ideal oculto y soñado, al que se deseaba sustituir en sus privilegios e imitar en todo. Se trataría de la conocida situación ambivalente que caracteriza las relaciones del hijo con el padre durante el período del Edipo. Freud explota el carácter ambivalente del sentimiento del hijo hacia el padre para explicar la génesis de la ética.

El padre expulsaría de la horda a todos sus hijos machos. Pero éstos se coaligarían entre sí y acuerdan matar al padre para acabar así con las dificultades y poder satisfacer sus instintos, sin duda movidos por el deseo de adquirir ellos también su fuerza y omnipotencia.

"Para hallar verosímiles estas consecuencias haciendo abstracción de sus premisas, basta admitir que la horda fraterna rebelde abrigaba con respecto al padre aquellos mismos sentimientos contradictorios que forman el contenido ambivalente del complejo paterno en nuestros niños y en nuestros enfermos neuróticos. Odiaban al padre que tan violentamente se oponía a su necesidad de poderío y a sus exigencias sexuales, pero al mismo tiempo le amaban y admiraban. Después de haberle suprimido y haber satisfecho su odio y su deseo de identificación con él, tenían que imponerse en ellos los sentimientos cariñosos, antes violentamente dominados por los hostiles. A consecuencia de este proceso afectivo surgió el remordimiento y nació la conciencia de la culpabilidad, confundida aquí con él, y el padre muerto adquirió un poder mucho mayor del que había poseído en vida, circunstancias todas que comprobamos aún hoy en día en los destinos humanos. Lo que el padre había impedido anteriormente, por el mismo hecho de su existencia, se lo prohibieron luego los hijos a sí mismos en virtud de aquella "obediencia retrospectiva" característica de una situación psíquica que el psicoanálisis nos ha hecho familiar. Desautorizaron su acto, prohibiendo la muerte del

totem, sustitución del padre, y renunciaron a recoger los frutos de su crimen, rehusando el contacto sèxual con las mujeres, accesibles ya para ellos. De este modo es como *la conciencia de la culpabilidad* del hijo engendrò los dos tabúes fundamentales, del totemismo, los cuales tenían que coincidir con los deseos reprimidos del complejo de Edipo. Aquel que infringía estos tabúes se hacía culpable de los dos únicos crímenes que preocupaban a la sociedad primitiva.

Los dos tabúes del totemismo, con los cuales se inicia la moral humana, no poseen igual valor psicológico. Sólo uno de ellos, el respeto al animal totémico, reposa sobre móviles afectivos; el padre ha sido muerto y no hay ya nada que pueda remediarlo prácticamente. En cambio, el otro tabú, la prohibición del incesto, presenta también una gran importancia práctica. La necesidad sexual, lejos de unir a los hombres, los divide. Los hermanos, asociados para suprimir al padre, tenían que convertirse en rivales al tratarse de la posesión de las mujeres. Cada uno hubiera querido tenerlas todas para sí, a ejemplo del padre, y la lucha general que de ello hubiese resultado habría traído consigo el naufragio de la nueva organización. En ella no existía ya ningún individuo superior a los demás por su poderío que hubiese podido asumir con éxito el papel de padre. Así, pues, si los hermanos querían vivir juntos, no tenían otra solución que instituir —después de haber dominado quizá grandes discordias— la prohibición del incesto, con la cual renunciaban todos a la posesión de las mujeres deseadas, móvil principal del parricidio”⁸.

De este texto se deduce, que aparte de las necesidades humanas, el quicio sobre el que gira el origen de la ética es el sentimiento de culpabilidad. “La sociedad reposa entonces sobre la responsabilidad común del crimen colectivo, la religión sobre la conciencia de la culpabilidad y el remordimiento, y la moral, sobre las necesidades de la nueva sociedad y sobre la expiación exigida por la conciencia de la culpabilidad”⁹.

Apenas liberados de la presencia tiránica del padre, los hijos sienten su presencia más viva que nunca, más exigente incluso que

8. Ibid., p. 1839. Ibid., pp. 143-144.

9. Ibid., p. 1841. Ibid., p. 146.

cuando vivía en medio de ellos. Dicho con otras palabras descubren la culpabilidad. No es tanto la situación edipiana en sí misma como el sentimiento de culpabilidad que engendra lo que es la fuente constitutiva de la ética en la perspectiva de Freud. "El tabú que prohíbe dar muerte al totem y el tabú del incesto se ven impuestos por el sentimiento de culpabilidad, y de hecho constituirían el núcleo original de toda la moral humana. Esta se inicia y adquiere su fuerza, pues, a partir de la conciencia de culpabilidad"¹⁰.

En conclusión, en el origen de la ética se encuentra un pecado original: el parricidio. El sentimiento de culpabilidad consiguiente al crimen obedece al arrepentimiento por el monstruoso asesinato. Las primeras normas éticas surgen impuestas por la sociedad de hermanos, pero impulsadas "desde dentro" del hombre por la "obediencia retrospectiva" a la figura del padre.

La ética del tabú, que es según el planteamiento freudiano el origen de toda norma ética es fruto de una represión instintiva de tipo sexual. Encarna los impulsos instintivos frustrados de la relación afectiva hijo-madre y hermanas vividos en las hordas primitivas.

II. LA ÉTICA DE LA "LIBERACION"

Tomando como sustrato lo dicho sobre el nacimiento de la ética en la colectividad, en esta segunda parte de nuestro trabajo estudiamos el origen de la norma ética en el individuo.

Para Freud la ética individual puede tener dos fuentes distintas: una irracional y afectiva y otra racional y científica. Arrancando de ese hecho, el desarrollo de su pensamiento se encuadra en el marco del desarrollo progresivo de la personalidad. Una personalidad compuesta de tres instancias psíquicas: Ello, Yo y Super-yo. En la culminación del proceso se halla su ética "científica".

Antes de continuar con el desarrollo de nuestro trabajo es conveniente dejar constancia de un doble hecho: Freud no ha desarrollado explícitamente una teoría ética; a lo más que llega es a esbozar unos pensamientos conductales diluidos en toda su obra, por

10. JESUS CORDERO, *Psicoanálisis de la culpabilidad*. Editorial Verbo Divino. Estella. 1976, p. 129.

eso resulta "difícil" y arriesgado interpretar su pensamiento en cuanto a esta materia; por otra parte, los planteamientos de Freud tratan de esclarecer el aspecto subjetivo del fenómeno ético y rara vez toma en cuenta el aspecto objetivo del mismo. Hechas estas dos acotaciones nos introducimos gradualmente en la entraña del problema.

1. *La ética paternal heterónoma*

Es una ética "dependiente" fundamentada en la vida afectiva. Esta vida afectiva, como sabemos, tiene en el psicoanálisis por cimiento la vida instintiva. Su desarrollo implica tres etapas: amoralidad, heteronomía extrínseca y heteronomía intrínseca.

a) *Amoralidad*

Partimos de un hecho: Freud no acepta la existencia de una facultad "innata" llamada conciencia. Esta es para él algo "adquirido" a través del entorno social y sobre todo del entorno familiar. "El psicoanalista tiene sobre la génesis del sentimiento de culpabilidad una opinión distinta de la que sustentan otros psicólogos, pero tampoco a él le resulta fácil explicarla. Ante todo, preguntando cómo se llega a experimentar ese sentimiento, obtenemos una respuesta a la que no hay réplica posible: uno se siente culpable (los creyentes dicen "en pecado") cuando se ha cometido algo que se considera "malo"; pero advertimos al punto la parquedad de esta respuesta. Quizá lleguemos a agregar, después de algunas vacilaciones, que también podrá considerarse culpable quien no haya hecho nada malo, sino tan sólo reconozca en sí la intención de hacerlo, y en tal caso se planteará la pregunta de por qué se equipara aquí el propósito con la realización. Pero ambos casos presuponen que ya se haya reconocido la maldad como algo condenable, como algo a excluir de la realización. Mas, ¿cómo se llega a esta decisión? Podemos rechazar la existencia de una facultad original, en cierto modo natural, de discernir el bien y el mal. Muchas veces lo malo ni siquiera es lo nocivo o peligroso para el *yo*, sino, por el contrario, algo que éste desea y que le procura placer. Aquí se manifiesta, pues, una influencia ajena y externa, destinada a establecer lo que debe considerarse como bueno y como malo. Dado que el hombre debe tener algún motivo para subordinarse a esta influencia extraña. Podremos hallarlo

fácilmente en su desamparo y en su dependencia de los demás; la denominación que mejor le cuadra es la de "miedo a la pérdida del amor". Cuando el hombre pierde el amor del prójimo, de quien depende, pierde con ello su protección frente a muchos peligros, y ante todo se expone al riesgo de que este prójimo, más poderoso que él, demuestre su superioridad en forma de castigo. Así, pues, lo malo es, originalmente, aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida del amor; se debe evitar cometerlo por temor a esta pérdida"¹¹.

Inicialmente, el niño es un ser amoral. Nace sin ningún concepto de las categorías del bien y del mal. El único principio a que obedece su acción es la gratificación espontánea de sus impulsos instintivos. "El primer período de la vida del hombre, la primera infancia, viene caracterizado desde el punto de vista moral, por la total y absoluta ausencia de cualquier tipo de conducta o manifestación ética. El niño es un ser amoral. Para FREUD, en el pequeño infante sólo cabe hablar de un haz o conjunto de instintos que buscan satisfacerse y descargarse de manera directa e inmediata; no cabe hablar, por consiguiente, de moralidad de ningún tipo, puesto que la tierna personalidad infantil está formada exclusivamente por los instintos inorganizados y ciegos que constituyen la más originaria de todas las instancias: el Ello"¹².

Para Freud el Ello es algo así como el "cimiento psicológico de la personalidad", el "depósito de la energía psíquica". Es como una especie de "dinamo" que provee a la personalidad de la energía psíquica que necesita para su desarrollo. Las otras dos instancias psíquicas toman su energía de esta fuente primaria.

El Maestro de Viena, nos describe así el Ello: "Es la parte oscura e inaccesible de nuestra personalidad; lo poco que de él sabemos lo hemos averiguado mediante el estudio de la elaboración onírica y de la producción de síntomas neuróticos, y en su mayor parte tiene carácter negativo, no pudiendo ser descrito sino como antitético del yo. Nos aproximamos al *ello* por medio de analogías, designándolo

11. SIGMUND FREUD, *El malestar en la cultura*. O. C., III, pp. 3053-3054. *Civilization and its Discontents*. S. E., XXI, pp. 124-125.

12. ENRIQUE FREIJO, *El psicoanálisis de Freud y la psicología de la moral*. Editorial Razón y Fe, Madrid, 1956, pp. 42-43.

como un caos o como una caldera, plena de hirvientes estímulos. Lo dibujaríamos abierto en el extremo orientado hacia lo somático, y acogiendo allí en sí las necesidades instintivas, que encuentran en él su expresión psíquica, pero no podemos decir en qué substrato. Se carga de energía, emanada de los instintos; pero carece de organización, no genera una voluntad conjunta y sí sólo la aspiración a dar satisfacción a las necesidades instintivas conforme a las normas del principio del placer”¹³.

El Ello se rige en su actividad por el llamado “principio del placer”. La acumulación tensional de su energía es sentida como displacer, mientras que su descarga produce placer. Los instintos encerrados en el Ello acumulan su carga energética y tienden espontáneamente a descargarse, sin miramientos sociales o éticos de ninguna clase.

b) *Heteronomía extrínseca*

A este ser amoral, que es en el pensamiento de Freud el niño inicialmente, va a suceder en el proceso de constitución de la personalidad una segunda instancia psíquica: el Yo.

Cronológicamente, el Yo es la segunda instancia psíquica en formarse. Su estructuración se inicia aproximadamente en los dos primeros años de la vida del niño.

Al nacer, como decíamos anteriormente, el niño no es más que un “manejo de instintos”. Unos instintos que sólo buscan satisfacerse. Pero llega un momento en que la búsqueda de satisfacción choca con la realidad, ya que ésta impide muchas veces la gratificación directa de ese mundo instintivo. Esto es lo que va a obligar al niño a poner en marcha el proceso de estructuración del Yo.

Freud define así el Yo: Fácilmente se ve que el *yo* es una parte del *Ello* modificada por la influencia del mundo exterior, transmitida por el P.-Cc., o sea, en cierto modo, una continuación de la diferenciación de las superficies. El *yo* se esfuerza en transmitir a su vez al *Ello* dicha influencia del mundo exterior y aspira a sustituir el principio del placer, que reina sin restricciones en el *Ello*, por el prin-

13. SIGMUND FREUD, *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*. O. C., III, p. 3142. *New Introductory Lectures on Psycho-Analysis*. S. E., XXII. p. 73.

cipio de la realidad. La percepción es para el *yo* lo que para el *Ello*, el instinto. El *yo* representa lo que pudiéramos llamar la razón o la reflexión, opuestamente al *Ello*, que contiene las pasiones"¹⁴.

El Yo, pues, percibe el mundo exterior, estructura un conocimiento de éste, se precave contra sus peligros, y aprende cómo manejarlo para satisfacer los apetitos que emanan del Ello. Además percibe los instintos y luego trata de controlarlos o, como dice Freud, pasa "de obedecer a los instintos, a contenerlos" de acuerdo con las exigencias del mundo exterior.

Como habitante de frontera que es, el Yo trata de establecer un equilibrio en la personalidad. Enfrentado con tres amos: los impulsos instintivos del Ello, las demandas del mundo exterior y las solicitudes del Super-yo, intenta resolver satisfactoriamente los distintos conflictos que surgen a consecuencia de la citada triple exigencia.

Desde el punto de vista ético, en esta época, nos encontramos en la pre-historia del mismo. Todavía no nace la conciencia ética, pero va a originarse un "sentimiento de culpabilidad" que pondrá ya los fundamentos de aquélla. El complejo de Edipo, que se desarrolla en este tiempo constituirá el punto nodal del problema.

La relación del Edipo nos permite adentrarnos en la comprensión de la pre-historia del sentimiento ético. Los instintos infantiles espontáneos chocan con las prohibiciones de sus mismos objetos de amor, que le niegan sus deseos más vehementes. Las primeras normas con las que choca la conducta infantil no se las impone su propia conciencia ética que todavía no existe, sino que se las impone la sociedad a través del entorno familiar.

El niño se rebela contra estas prohibiciones que le impiden la satisfacción de sus deseos. Si es sorprendido en la transgresión de los mismos, el niño es castigado, lo que para él significa que sus padres ya no le quieren ni le protegen. Esta amenaza de retracción de amor y de protección por parte de los padres la siente el niño como "culpabilidad" y "pecado". El "sentimiento de culpabilidad" originado a través del complejo de Edipo es anterior, por tanto, a la existencia de la conciencia moral, y constituye la base de la misma.

14. SIGMUND FREUD, *El "yo" y el "Ello"*. O. C., III, p. 2708. *The Ego and the Id.*, S. E., XIX. p. 25.

Ante el temor al castigo y de la pérdida de amor, el niño acaba de renunciar a sus espontáneos deseos instintivos y se pliega a las normas de conducta que le imponen sus padres. Con esto se cierra la fase edipiana y se anuncia ya la formación de la tercera instancia psíquica: el Super-yo o conciencia moral.

c) *Heteronomía intrínseca*

Constituída ya la personalidad sobre la base de esas dos instancias psíquicas llamadas Ello y Yo, buscamos ahora —siguiendo los pasos de Freud— el origen de esta instancia directiva que va a orientar la acción del niño “desde dentro” en un determinado sentido. Dicho con otras palabras, nos preguntamos por el origen del Super-yo o “conciencia moral” como le llama en algunas ocasiones Freud.

Esta tercera instancia psíquica —que constituye el eje de los planteamientos éticos de Freud— se estructura a partir de la internalización de la autoridad de los padres y educadores. Su formación cronológica habría que situarla alrededor de los cuatro o cinco años.

“Durante estos años inciden dos momentos cruciales, dos relaciones prototípicas, que dan como resultado la estructuración de la instancia superyoica:

- El primer momento crucial se refiere a la relación con la madre, y en él se sientan las bases del SUPERYO. Normalmente acontece en la segunda mitad del segundo año de vida.
- El otro momento crucial gira en torno al padre, y se realiza normalmente en las proximidades del quinto año de vida.

Siendo éstos los dos momentos básicos de la estructuración del SUPERYO, podríamos añadir una tercera etapa entre la pubertad y la adolescencia, en la que de forma ya prácticamente inamovible (a no ser mediante el recurso a la técnica analítica) queda definitivamente conformada esta importante instancia superyoica”¹⁵.

Las relaciones del niño con su madre son de carácter erótico-afectivo y aunque anteriores a la constitución del Super-yo en su iniciación, al perdurar más adelante, desempeñarán un gran papel a la hora de asumir las normas sociales y éticas. Muchas de estas normas no

15. F. PEDRO VILLAMARZO, *Psicoanálisis de la experiencia ético-religiosa* Ediciones Marova. Madrid. 1979. p. 175.

se interiorizarían si no gozasen para lograrlo del apoyo de una afectividad interna. En otras palabras, es la *libido*, nacida del Ello, la que al fijarse sobre la madre motiva de manera profunda que la personalidad del niño se conforme a las normas enseñadas por la madre. La socialización del niño se realiza pasando por el afecto hacia la madre.

Las relaciones del niño con su padre tienen como sabemos carácter ambivalente. Por un lado descubre al padre como una amenaza que se interpone en el camino hacia su madre y como el representante "oficial" de la autoridad. Esto despierta en el niño sentimientos de rebeldía y de temor; mas, por otra parte, es también el modelo a alcanzar y, por este concepto, provoca el amor y la admiración del niño.

Esta ambivalencia de sentimientos hacia la figura del padre y que hemos visto obrando en la horda primitiva en el marco de *Totem y tabú*, alcanzan su punto álgido en la constitución del Edipo, en el momento en que el niño se da cuenta de que el padre le cierra el camino hacia la madre, lo cual le lleva a desear su supresión e incluso a cometer mentalmente el "parricidio", que es en definitiva el factor desencadenante del proceso.

Cuando se haya consumado la liquidación del complejo de Edipo, a través de la fase de latencia, el individuo habrá perdido, o más bien abandonado por razones de conveniencia, el objeto sexual materno al que se hallaba fijado, y habrá ganado la constitución de la tercera instancia psíquica de la personalidad: el Super-yo.

El Super-yo es la "autoridad interiorizada". Es una especie de "policía interna". Se contornea en el ambiente familiar. Constituye una formación progresiva "adquirida". No es como el Ello una instancia psíquica "innata". Se edifica lentamente durante la infancia, a partir de unas reglas y de unos principios impuestos desde el exterior. La forman normas sociales interiorizadas.

Freud, explica así la constitución del Super-yo. "Pero, como es sabido, el niño pequeño es amoral, no posee inhibición alguna interior de sus impulsos tendentes al placer. El papel que luego toma a su cargo el *super-yo* es desempeñado primero por un poder exterior, por la autoridad de los padres. La influencia de los padres gobierna al niño con el otorgamiento de pruebas de cariño y la amenaza de castigos que indican al niño una pérdida de amor y son, además,

temibles de por sí. Esta angustia real es el antecedente de la ulterior angustia a la conciencia; mientras reina no hay por qué hablar de *super-yo* ni de conciencia moral. Sólo después se forma la situación secundaria que aceptamos, demasiado a la ligera, como normal; situación en la cual la inhibición exterior es internalizada, siendo sustituida la instancia parental por el *super-yo*, el cual vigila, dirige y amenaza al *yo* exactamente como antes los padres al niño”¹⁶.

Freud, llama al Super-yo “heredero del complejo de Edipo”. El heredero es aquel que asume el papel del muerto. El muerto aquí es el complejo de Edipo, que es en definitiva la verdadera infraestructura del Super-yo.

Tenemos, pues, que en el planteamiento freudiano la conciencia ética se constituye cuando la autoridad exterior se ha interiorizado e integrado en el Super-yo. En un primer momento la autoridad encarnada en la figura de los padres se acata como una simple imposición externa. Estaríamos ante una conducta de signo claramente heterónimo; aún no se puede hablar propiamente de moralidad o conciencia.

Ocurre luego una interiorización de esas instancias parentales: esto tiene lugar en la fase de instauración del Super-yo. Por un proceso connatural, vinculado a la ineludible dependencia de los padres o de sus representantes, la instancia autoritaria externa, con su complejo de mandatos y prohibiciones, se introyecta, y se constituye en una instancia en el interior del sujeto, como delegado permanente de la figura parental externa y de sus exigencias. Simplemente se acoge todo ese cúmulo de exigencias, sin discusión posible y por el mero imperativo de la necesidad de subsistencia, que de lo contrario se vería amenazada. El Super-yo, con sus características de mayor exigencia que las instancias parentales externas, interioriza y sustituye a éstas.

La liquidación normal del Edipo implica la renuncia a la exclusividad de la madre como objeto afectivo y a la agresividad frente al padre. El niño “doblega la cerviz” ante las exigencias de su progenitor. Renuncia a sus deseos instintivos espontáneos. Acepta las normas

16. SIGMUND FREUD, *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*. O. C., III, p. 3135. *New Introductory Lectures on Psycho-Analysis*. S. E., XXII, p. 62.

de conducta que se le imponen, deponiendo su rebeldía y afanes de independencia, e incorpora dentro de sí mismo esta sumisión y este sacrificio.

Con la formación del Super-yo se ha dado un gran avance en el proceso de estructuración de la personalidad y sobre todo en el proceso de estructuración de la conciencia ética. El punto de referencia conductal ha dejado de estar fuera del sujeto, encarnado en una personalidad distinta y exterior —principalmente el padre— para quedar "interiorizada", o lo que es igual para vivir dentro del propio sujeto. Desde ahora, el niño posee dentro de sí el punto de referencia al que ha de mirar para regular su comportamiento. La nueva instancia psíquica continúa desempeñando las mismas funciones que anteriormente desempeñaban los padres, cuya plaza ha venido a ocupar. El Super-yo aparece así como la instancia psíquica continuadora de la función que han desempeñado inicialmente los padres en la vida del niño.

La ética del Super-yo surge como una necesidad, como una etapa importante en el desarrollo de la personalidad, pero esta etapa debe ser superada por el individuo si de verdad desea adquirir una auténtica personalidad y en definitiva una auténtica ética cuya característica fundamental sea la autonomía. El hombre —dice Freud— para alcanzar su madurez tiene que liberarse de todo tipo de dependencias. La ética del Super-yo le mantiene "fijado" a una heteronomía interiorizada, que reproduce y acentúa la heteronomía extrínseca. Habrá de darse un paso más en la maduración psíquica para que de ese Super-yo heterónimo surja la conciencia ética autónoma. Este será el paso siguiente a exponer en nuestro trabajo.

2. *La ética personal autónoma*

La dependencia de las normas sociales "introyectadas" impide la autonomía normativa. El crecimiento de las mismas, de su origen y de su naturaleza, darían al sujeto la oportunidad de hacerlas suyas, recobrando así la autonomía ética.

Por eso Freud entiende la ética como una "tentativa terapéutica". "En efecto, la ética aborda aquél punto que es fácil reconocer como el más vulnerable de toda cultura. Por consiguiente, debe ser concebida como una tentativa terapéutica, como un ensayo destinado a

lograr mediante un imperativo del *super-yo* lo que antes no pudo alcanzar la restante labor cultural”¹⁷.

Al ser la ética una especie de terapia, y al consistir la terapia psicoanalítica en “hacer consciente lo inconsciente”, significa esto que tenemos que entender el proceso de nacimiento de la ética “científica” como un proceso liberador de “fijaciones inconscientes”. Esta liberación nosotros la enfocamos desde dos ángulos distintos: liberación de fijaciones psíquicas de tipo “patológico” y liberación de la “ilusión” religiosa.

a) *Ética y maduración psíquica*

Para Freud la ética tradicional, la ética del *Super-yo*, o lo que es igual, la ética fundamentada en el “sentimiento de culpabilidad” es una “neurosis obsesiva”. En este sentido su planteamiento coincide con el de la Religión, que también es para él una “neurosis obsesiva”.

La cuestión que ahora nos planteamos es ésta: ¿cómo desaparece la religión, o lo que es igual cómo desaparece la ética afectiva no “científica”? La respuesta de Freud es la siguiente: “Vislumbramos aquí una analogía que quizá nos permita realizar algún nuevo descubrimiento. No es conveniente, desde luego, trasplantar los conceptos muy lejos del terreno donde han germinado, pero en este caso se impone hacer constar una singular coincidencia. Sabemos que el hombre no puede cumplir su evolución hasta la cultura sin pasar por una fase más o menos definida de neurosis, fenómeno debido a que para el niño es imposible yugular por medio de una labor mental racional las muchas exigencias instintivas que han de serle inútiles en su vida ulterior y tiene que dominarlas mediante actos de represión, detrás de los cuales se oculta, por lo general, un motivo de angustia. La mayoría de estas neurosis infantiles —especialmente las obsesivas— quedan vencidas espontáneamente en el curso del crecimiento, y el resto puede ser desvanecido más tarde por el tratamiento psicoanalítico. Pues bien; hemos de admitir que también la colectividad humana pasa en su evolución secular por estados análogos a las neurosis y precisamente a consecuencia de idénticos moti-

17. SIGMUND FREUD, *El malestar en la cultura*. O. C., III, p. 3065. *Civilization and its Discontents*. S. E., XXI. p. 142.

vos; esto es, porque en sus tiempos de ignorancia y debilidad mental hubo de llevar a cabo exclusivamente por medio de procesos afectivos las renunciaciones al instinto indispensable para la vida social. Los residuos de estos procesos, análogos a la represión, desarrollados en épocas primitivas, permanecieron luego adheridos a la civilización durante mucho tiempo. La religión sería la neurosis obsesiva de la colectividad humana, y lo mismo que la del niño, provendría del Edipo en la relación con el padre. Conforme a esta teoría hemos de suponer que el abandono de la religión se cumplirá con toda la inexorable fatalidad de un proceso de crecimiento y que en la actualidad nos encontramos ya dentro de esta fase de la evolución"¹⁸.

Pensamos que este texto sirve perfectamente para explicar el fenómeno ético. Centramos el tema en torno a ese punto nodal originario de la ética que es el conjunto de Edipo. Sabemos en qué consiste éste. "Se trata de un conjunto verdaderamente complejo de sentimientos de amor y de hostilidad que experimenta el niño hacia sus padres, proveniente de una situación bastante difícil para él. El niño, fuertemente vinculado a su madre, tendría la necesidad de conservarla para él sólo y de no compartirla con nadie, sobre todo con su padre, ¡su más peligroso rival! De donde el surgimiento de una hostilidad secreta hacia ese padre, que ama y admira por lo demás; de donde, conflicto entre esa hostilidad y su *superyo*; represión de la hostilidad. Un conflicto de esa índole se resuelve satisfactoriamente cuando el niño consigue disminuir sus exigencias afectivas hacia su madre volviéndose hacia otros objetos de afección o de cariño; abandonándola al cariño del padre se reconcilia con él. Un complejo de Edipo mal resuelto consiste en lo siguiente: que el niño no consigue apartarse suficientemente de su madre y renunciar a la rivalidad con el padre en ese plano. Todos estos elementos afectivos e instintivos permanecen en buena parte inconscientes y el conflicto mal resuelto despliega desde entonces su acción sobre las relaciones afectivas de su portador (asimismo fuera de los afectos familiares) y perturba su evolución psicosexual"¹⁹.

18. SIGMUND FREUD, *El porvenir de una ilusión*. O. C., III, pp. 2984-2985. *The Future of an Illusion*. S. E., XXI, pp. 42-43.

19. GUSTAVE RICHARD, *Psicoanálisis y moral*. Editorial Psiqué. Buenos Aires. 1975, pp. 17-18.

A partir de aquí, es decir, a partir del cómo se solucione el complejo de Edipo se iniciará —según Freud— el proceso de estructuración de una ética, que seguirá siendo heterónoma en el caso del Edipo mal solucionado y se convertirá en autónoma en el caso contrario.

Para aceptar el pensamiento de Freud en cuanto a esta materia es conveniente tener en cuenta que él interpreta el proceso de formación de la personalidad de manera unitaria. En este contexto, resulta prácticamente imposible aislar el proceso de maduración psíquica del individuo y el proceso de nacimiento de la conciencia ética. La vivencia de los dos procesos se superpone hasta el extremo de presentarse, desde un punto de vista psicológico, como una idéntica y única experiencia. Experiencia inscrita en las profundidades del inconsciente.

¿Qué ha ocurrido con respecto a la ética heterónoma que hemos estudiado en el apartado anterior? Pues, sencillamente, que el individuo no se ha liberado totalmente de las vinculaciones inconscientes del Edipo. Dicho de otra manera, en la ética heterónoma el individuo no ha superado el Edipo y sigue de algún modo “fijado” a las figuras parentales que son las que de una manera directa o indirecta regulan la conducta del individuo. Se impone, pues, solucionar este problema si de verdad queremos conseguir una ética auténtica.

Para Freud, el término del desarrollo ético personal está en la autonomía psicológica de la personalidad. Mientras en esa personalidad existan fijaciones psíquicas, es imposible establecer una ética autónoma. La construcción de esa autonomía ética, está en función del cómo se vayan superando las distintas fijaciones psíquicas originadas por la no-solución del Edipo. Al no superar el Edipo, el individuo ligado inconscientemente a las figuras parentales actúa ética-mente condicionado por esas figuras.

La construcción de una ética personal autónoma —que es lo que en definitiva busca Freud—, se injerta pues, en un proceso más amplio de maduración psíquica. La esencia de esa maduración se encuentra en la tarea de vencer las distintas fijaciones infantiles. Mientras el hombre esté fijado por esos lazos primarios es imposible que se haga realmente hombre y en definitiva que adquiera una auténtica conciencia ética. Cortar ese cordón umbilical, no en el sentido

físico, sino en el psicológico es el gran desafío del desarrollo humano ético.

b) *Ética y liberación religiosa*

Freud es uno de los más claros ejemplos del "humanismo científico", de la afirmación de la salvación por la ciencia. El progreso científico, la racionalización cada vez más amplia de lo objetivo tiene un sentido auténticamente ético: liberación es igual a racionalización, a comprensión. Como tributo a esta racionalización, hemos de abandonar todas las ideologías de tipo ilusorio como es el caso de la moral vigente, que es en definitiva una superestructura metapsicológica levantada sobre la base de los conflictos afectivos de la infancia.

La liberación de nuestras "ligaduras inconscientes" y de nuestros condicionamientos psíquicos, sólo se consigue por medio de la *racionalización*. Sólo una ciencia que nos ofrezca una visión real del hombre puede servir de fundamento a una auténtica ética. Este es a grandes rasgos el planteamiento final de Freud. En otras palabras, hay que dar una fundamentación científica a la ética. Ello implica entre otras cosas marginar de la vida del hombre el hecho religioso.

Para entender los razonamientos de Freud hay que remontarse a la "Ley de los tres estados" de Augusto Comte. Siguiendo las huellas del gran sociólogo francés, Freud establece que la Humanidad ha pasado por tres fases en el proceso de su desarrollo: era animista, era religiosa y era científica. "Si hemos de dar fe a los investigadores, la Humanidad habría conocido sucesivamente, a través de los tiempos, tres de estos sistemas de pensamiento, tres grandes concepciones del universo: la concepción *animista* (mitológica), la *religiosa* y la *científica*"²⁰.

Empujado una vez más por la analogía, Freud conexas este esquema de evolución de la Humanidad con las distintas etapas de la evolución psíquica del individuo. "Si aceptamos la evolución antes descrita de las concepciones humanas del mundo, según la cual la fase *animista* fue sustituida por la *religiosa*, y ésta, a su vez, por la

20. SIGMUND FREUD, *Totem y tabú*. O. C., II, p. 1796. *Totem and Taboo*. S. E., p. 77.

científica, nos será también fácil seguir la evolución de la “omnipotencia de las ideas” a través de estas fases. En la fase animista se atribuye el hombre a sí mismo la omnipotencia; en la religiosa, la cede a los dioses, sin renunciar de todos modos seriamente a ella, pues se reserva el poder de influir sobre los dioses, de manera a hacerlos actuar conforme a sus deseos. En la concepción científica del mundo no existe ya lugar para la omnipotencia del hombre, el cual ha reconocido su pequeñez y se ha resignado a la muerte y sometido a todas las demás necesidades naturales”²¹.

Desde esta óptica y teniendo en cuenta tanto el desarrollo de la Humanidad como el del hombre concreto individual, la aparición de una etapa lleva consigo la desaparición de la etapa anterior. Así, por ejemplo, en un principio, en la fase animista, la omnipotencia se atribuye al hombre. Este se identifica con las fuerzas de la naturaleza. “Pensar y hacer” constituyen una única realidad. Los deseos e ideas del hombre se cumplen inexorablemente en la realidad. Posteriormente, en la fase religiosa, la omnipotencia se traslada a los dioses, pero el hombre puede influir sobre ellos y hacerlos propicios a su causa. Finalmente, en la fase científica, sólo la fe en el poder de la inteligencia da consistencia a la vida del hombre.

Con el advenimiento del período científico se inaugura, pues, una nueva etapa, en la que dejan de tener vigencia las soluciones que anteriormente daba la religión y que no eran reales sino “ilusorias”. En adelante habrá que buscar en la ciencia, y no en la religión, la respuesta a los distintos interrogantes que vaya planteando la vida del hombre.

Con el advenimiento del período científico se inaugura, pues, una nueva etapa, en la que dejan de tener vigencia las soluciones que anteriormente daba la religión y que no eran reales sino “ilusorias”. En adelante habrá que buscar en la ciencia, y no en la religión, la respuesta a los distintos interrogantes que vaya planteando la vida del hombre.

Este planteamiento científico es fundamentalmente positivista. Lo científico es lo experimentable, lo medible, lo constatable. La

21. *Ibid.*, p. 1803. *Ibid.*, p. 88.

filosofía y la teología, pierden, por lo tanto, el rango y la categoría de ciencias. Para Freud serán superestructuras metapsicológicas.

Como culminación del proceso ético, Freud va a abordar el fenómeno moral desde esta óptica científico-positivista. Recurrirá a los distintos dinamismos del psiquismo humano, que él ha descubierto en la clínica, a los que intentará conexionar con atrevidas hipótesis. Dicho de otra manera, arrancando de hechos clínicos de tipo neurótico, establece un paralelismo entre el proceso de funcionamiento del organismo psíquico y el proceso de funcionamiento del hecho ético.

Para centrar el problema nos situamos como punto de partida en la era religiosa, o lo que es igual en la "encrucijada" del nacimiento del Super-yo. Esta instancia psíquica puede tomar dos caminos: puede *pseudomadurar*, conservando la conciencia ética el carácter autoritario, signo de una no superación del Edipo. Surge así una ética heterónoma de tipo religioso. La autoridad paterna es reemplazada por ese padre "sublimado" que es Dios. Este es el destino más común del Super-yo. Supone una "fijación" en el proceso de desarrollo de la vida del hombre. El individuo se ancla así en una etapa religiosa que le impide el acceso a la etapa científica.

La segunda de las alternativas que se ofrecen a la evolución del Super-yo implica el prescindir de toda autoridad y moverse por sí solo con seguridad y decisión ante las exigencias de la vida. Este segundo camino del Super-yo, es el camino de la ética científica propugnada por Freud. Una ética que desprendida de la religión va a intentar armonizar el "principio del placer" con el "principio de la realidad". Aclaremos brevemente lo que significan en el psicoanálisis estos dos conceptos.

El "principio del placer" es el que gobierna los procesos psíquicos surgidos de la acción de los instintos de vida. Este principio se manifiesta como la tendencia de la vida psíquica a buscar la gratificación de impulsos cualitativamente distintos, la descarga satisfactoria ("placer") y, por otra parte, a evitar la frustración o acumulación de tensión ("displacer").

El "principio de la realidad" es el que gobierna los procesos psíquicos surgidos de las demandas del mundo exterior y de la necesidad, por parte del individuo, de adecuarse con éxito a tales demandas. Se manifiesta como la tendencia del individuo a controlar los

instintos y a ordenar su vida psíquica y su comportamiento de acuerdo con las demandas de la necesidad exterior.

De acuerdo con la teoría psicoanalítica, la ética científica será la encargada de realizar la tarea de que el "principio de la realidad", "asuma" al "principio del placer", es decir, tiene como misión fundamental no la de aniquilar a los instintos, cosa que sería igual a la de aniquilar al hombre, sino la de ver la posibilidad de que se produzca una racionalización de dichos instintos. Dicho vulgarmente, se trata de "hacerlos entrar en razón".

Para Freud, la vida del hombre tiene una finalidad: conseguir la felicidad. "Abandonemos por ello la cuestión precedente y encaremos esta otra más modesta: ¿qué fines y propósitos de vida expresan los hombres en su propia conducta; qué esperan de la vida, qué pretenden alcanzar de ella? Es difícil equivocarse la respuesta: aspiran a la felicidad, quieren llegar a ser felices, no quieren dejar de serlo" ²².

La ética científica debe estructurarse en función de esa finalidad de conseguir la felicidad. Una felicidad que desde la vertiente psicológica debe conseguirse moderando la satisfacción espontánea de los instintos. La cultura, en el pensamiento de Freud, se vive como un sacrificio, la ética, que es un aspecto de la cultura, debe ser encuadrada también en ese marco sacrificial.

En el pensar de Freud, la educación y el desarrollo del ser humano no es otra cosa que la represión sistemática de unos instintos innatos. Las exigencias éticas reproducen y prolongan la violencia inferida a lo más profundo de la naturaleza humana. Están edificadas sobre una represión inevitable de los instintos, impuesta por la sociedad cuando no puede integrar en ella la espontánea expresión de los mismos, so pena de comprometer su equilibrio vital. Sin embargo, el carácter inevitable de tal proceso no justifica, a los ojos de Freud, el uso excesivo que se ha hecho demasiadas veces de él en la civilización.

Lo que en realidad caracteriza a nuestras sociedades "civilizadas", en este sentido, es una exigencia ética rigurosa y severa, impuesta

22. SIGMUND FREUD, *El malestar en la cultura*. O. C., III, p. 3024. *Civilization and its Discontents*. S. E., XXI, p. 76.

al individuo sin tener en cuenta las inclinaciones y necesidades que le animan. La civilización fuerza al hombre a obedecer, a someterse a las normas y condiciones de la vida sin que su naturaleza participe de esa obediencia. Ante el éxito aparente que parece constituir la obediencia efectiva de la mayoría de las reglas sociales, la sociedad ha llevado lo más lejos posible las exigencias éticas, acentuando así el abismo existente entre la conducta impuesta al individuo y sus exigencias instintivas, las cuales se han visto reprimidas cada vez más duramente. Las consecuencias de este estado de cosas no tardaron en manifestarse de manera variada. En el terreno sexual, la neurosis atestigua hasta la saciedad las graves consecuencias que se siguen de semejante desprecio de la vida instintiva. En otros terrenos, si no dan lugar necesariamente a fenómenos de tipo patológico, sí conducen a la constitución de deformaciones en el carácter de los individuos, pues los instintos inhibidos están siempre dispuestos a aprovechar la menor ocasión para asegurarse una satisfacción más plena. Freud saca la lección que se impone de tal situación: la sociedad se equivoca, cuando cree que se puede imponer impunemente al hombre, por razones de convivencia social, un grado excesivo de represión.

Naturalmente, Freud no ignora que se trata de un mal necesario, y su reflexión crítica no llega a pensar en el advenimiento de una sociedad totalmente "no-represiva". Esto, para él, no es más que una quimera, algo inalcanzable. El problema no está entonces en promover un "estado de naturaleza" exento de represiones instintivas. Semejante concepción situaría a Freud entre los llamados utopistas. El proyecto freudiano tiende únicamente a denunciar los excesos cometidos en el campo de la represión instintiva y a la búsqueda de una salida a esa negación sistemática de gratificación de las demandas instintivas. Cultura y ética sí, pero no como fruto de una mutilación excesiva de la espontánea vida de los instintos.

Y ¿cuál es la salida propuesta por Freud para este problema? Aunque como ya dijimos anteriormente, el pensamiento del maestro de Viena es poco claro, nosotros nos arriesgamos a sintetizar así su pensamiento final. La ética "científica" esbozada por el psicoanálisis, sin ser una apología del instinto, acusa sin duda una gran tendencia hacia el naturalismo. Es una ética "instintivista", en su origen, en

su desarrollo y en su finalidad. Podríamos entenderla como un “hedonismo mitigado y racionalizado”. Para Freud el hombre es instinto y razón; por lo tanto la realidad psíquica y su derivación, la realidad ética, hay que estructurarla en función de esos dos polos.

Freud ve en el instinto la norma natural reguladora de la vida afectiva del hombre y en la razón la norma natural reguladora de la vida científica. Conjugando estas dos realidades, la ética “científica” consistiría más que en “reprimir” el instinto, cosa que al sumergirlo en el inconsciente conduciría a la creación de síntomas de tipo patológico, en “sublimar” esos instintos, tensionando su naturaleza para que se adapten a una vida racional. Un ejemplo aclarará nuestro planteamiento. Trasladémonos al contexto de *Totem y tabú*. En un principio el hombre primitivo que vive en hordas salvajes acepta “represivamente” las normas conductuales dictadas por el padre. Posteriormente, una vez cometido el asesinato, ese mismo hombre primitivo, impulsado por la “ambivalencia afectiva”, “sublimará” sus instintos y aceptará por convencimiento las mismas normas que antes le imponía el padre. Algo parecido ocurre en la ética “científica”. En ella, por razones de conveniencia social el hombre “asume” racionalmente su vida instintiva, con lo cual la anterior categoría de “represión” se ha convertido en la nueva de “sublimación”.

JOSE DIAZ MURUGARREN